

siguió el auxilio de los arameos. Tanto había descendido el poderío de la casa de David, que se veía obligada á buscar su salvacion en aquel pueblo, sometido por David en otro tiempo y que se había separado del reino durante el gobierno de Salomon. En el Lib. I de los Reyes, 15, 17 y siguientes, se nos refiere que Baasa, rey de Israel, habiendo marchado contra Judá, tomó á Rama en Benjamin, situada á unas dos leguas al Norte de Jerusalem, y la fortificó, para desde allí bloquear la capital judaíta. En esta situacion apurada, acude Asa á Hadadeser (Benadad) ben Tabrimmon, rey de Damasco, á quien envía por medio de una embajada todo el oro y plata que se encontraba en el palacio real y en el templo (segun el texto masorético, *que había quedado*), suplicándole que le socorra y declare la guerra á Israel. Benadad acepta la alianza que se le ofrece, y sus ejércitos invaden el Norte de Israel, devastando á Ahion, Dan, Abel-Bet, Ma'aka y la tierra de Neftali. Así se inaugura la era de aquellas funestas incursiones de los sirios, en las cuales debía gastar Israel sus mejores fuerzas, como consecuencia de la propia desunion del pueblo. La historia del reino del Norte adquiere entonces su sello característico, porque desde esta época está influida en todos puntos por la política de Damasco. Baasa se ve obligado á abandonar las obras que había empezado, y de las cuales se apodera Asa tan pronto como aquel se retira á su residencia en Tirsa (1). Los materiales de construccion acopiados por el rey israelita, son aprovechados por el de Judá para fortificar á Geba y Mispa (2), en las cercanías de Rama.

El relato bíblico se refiere luego á los Anales de los reyes de Judá, para imponernos de los demás hechos de guerra de Asa y de sus edificaciones, diciéndonos por último que en su vejez enfermó de los piés y que despues de muerto, fué sepultado en la ciudad de David (3). Su hijo y sucesor Josafat cerró la era de la lucha con Israel.

En este punto empieza el narrador su relacion sobre los reyes coetáneos de Israel. Despues del largo y enérgico reinado de Jeroboam viene el corto de su hijo Nadab, el cual, segun el Libro de los Reyes, fué un monarca que, como su padre, procedió mal á los ojos de Jehova; ya sabemos el valor que hemos de dar á este juicio. Nadab pierde el trono y la vida á causa de una sublevacion militar; sitiaba la ciudad filisteá de Gebbeton, cuando Baasa ben Achias, de la tribu

(1) Era paso muy acertado establecerla en la comarca occidental del Jordan. Es probable que Baasa, como fundador de una nueva dinastía, prefiriera fijar su residencia en Tirsa á ocupar la de Jeroboam en Siquem; no creemos que haya quien á esto pretenda oponer el v. 33 del cap. 15.

(2) Un aljibe construido por Asa en Mispa, en aquella ocasion, representa un papel especial hácia las postrimerías de la historia de Judá; Jeremías, 41, 9.

(3) Mas adelante verá el lector explicada la razon por qué el narrador, que pasa en silencio tantos sucesos importantes, es tan escrupuloso en hacer mencion cada vez del entierro de los varios reyes en el sepulcro hereditario.

de Isacar, se levantó contra él y le mató. Probablemente Baasa sería general y estallaría la sublevacion en el campamento. Segun la inveterada costumbre oriental, al asesinato de Nadab siguió el exterminio de toda la familia de Jeroboam.

Baasa fué sepultado en Tirsa (4). Sucedióle su hijo Ela, el cual, sin embargo, no gozó mucho tiempo de su trono, pues á los dos años de reinado fué vengado en su persona el crimen de su padre: murió á manos de Zambri, comandante de la mitad de los carros. En 1. Reyes, 16, 9 y siguientes se nos dice muy brevemente que Zambri mató á Ela cuando estaba embriagado en casa de su mayordomo Arsa, el cual sin duda tendria parte en la conspiracion y habria preparado una celada al rey al convidarle á un festin. Por el contexto del relato vemos que el ejército israelita se encontraba entonces, acaudillado por el general Omri (Amri), delante de Gebbeton, ciudad que no había sido reducida todavía, ó que se había vuelto á perder, y en cuyo sitio había sido asesinado anteriormente Nadab, hijo de Jeroboam. Tal vez era característico de Ela el quedarse tranquilo en casa durante la guerra, y esto explicaria la conjuracion; Zambri aprovecharia para la ejecucion de su plan el momento de su presencia en la corte, á la cual se había trasladado quizá por orden de Omri. El usurpador no solo exterminó á toda la familia de Baasa, sino que dió muerte tambien á todos sus amigos; mas solo pudo gozar de un reinado de 7 dias. Tan pronto como el ejército que estaba delante de Gebbeton tiene noticia de lo sucedido, proclama como rey á su general Omri, y éste lo conduce inmediatamente á Tirsa. Viendo Zambri que la ciudad no puede resistir un sitio, para no verse obligado á entregarse ó á recibir la muerte de mano enemiga se retira al palacio real, le prende fuego y perece entre las llamas. Tampoco Omri fué acatado desde luego por todo el pueblo, y tuvo que luchar con un partido contrario y no inferior en fuerzas al suyo, el cual defendió como pretendiente á un varon llamado Thebni, de quien no se hace otra mencion (5). En definitiva prevalece el partido de Omri y es éste reconocido unánimemente como rey despues de la muerte, violenta á no dudarlo, de Thebni (los LXX añaden: *y de su hermano Joram*). El autor del Libro de los Reyes no cree necesario relatar los detalles de la lucha (6) como tampoco los de la conjuracion de Zambri.

(4) La profecía de Jehu ben Hanani, 16, 1-4, disloca la fórmula convencional con que termina el trozo referente á Baasa, y por lo mismo se desprende que es una intercalacion posterior, originada probablemente á consecuencia de 16, 7, ó mas bien de 16, 12.

(5) El Libro de los Reyes dice que hubo lucha, en la cual venció Amri ó Omri y murió Thebni. (N. del T.)

(6) La naturaleza de los sincronismos del Libro de los Reyes no permite, basándose en una combinacion de 1. Reyes, 16, 15 y 23, fijar en 4 años la duracion de la guerra civil; es de suponer además que Omri empezara á contar los años de su reinado desde la muerte de Ela.

LIBRO SEPTIMO

CREENCIAS Y COSTUMBRES DE ISRAEL EN LOS TIEMPOS ANTEPROFÉTICOS (1)

Preliminar.

En el umbral ya de la época de las guerras sirias, hemos llegado al punto extremo hasta el cual podíamos aplazar algunas consideraciones sobre las creencias y costumbres mas antiguas de Israel; pues esta época de las guerras con los sirios es tambien la de la lucha entre el profetismo mas antiguo y la casa de Omri, y de la religion y las costumbres nacionales contra las invasoras creencias y costumbres exóticas. El desenvolvimiento de la religion de Israel se ve contrarrestado en su progreso por esta dinastía, la cual sucumbe en la lucha; y solo podemos comprender esta lucha y el peligro desviado por ella, penetrándonos del modo de ser de la religion de Israel en aquella época y formándonos una idea clara de su esencia. Es, asimismo, conveniente que nos hagamos cargo á un tiempo de todo el desarrollo de la religion de Israel hasta que aparecen los profetas escritores, pues los antiguos no aportan á ella nuevas ideas, sino que vienen á defender — como quedará demostrado — una concebida y acariciada desde muy antiguo y que, amalgamada con otras, está en peligro de ser absorbida por sus afines y desaparecer por completo. Los antiguos profetas aseguran el desenvolvimiento de la religion de Israel en los moldes que hasta entonces había tenido, mas la evolucion final de este desarrollo solo se nos presenta en la época en que aparecen é influyen los profetas escritores; estos constituyen la nueva fuerza que hace avanzar á la religion desde el punto de inercia á que había llegado.

Con lo expuesto queda dicho que lo que se debe entender por religion y costumbres anteproféticas de Israel no son únicamente los conceptos que sobre esos dos puntos se deducen de escritos anteriores á la aparicion de los profetas escritores,

(1) Reiteramos aquí la súplica expresada en las primeras páginas, y dirigimos además á los teólogos que lean esta parte de nuestra obra la de que se sirvan tener presente que no es este el sitio á propósito para aducir pruebas de todos los detalles. Por otra parte, ya contamos con que nuestras disertaciones solo podrán ser apreciadas por aquellos que tengan el valor moral para modificar conceptos adquiridos, y que han conservado, ó asimiládose de nuevo, la facultad, de que mañosamente se ha privado á la moderna generacion teológica, de distinguir entre razones y evasivas. Como es natural, renunciamos desde luego á llegar á una inteligencia con los apologistas mal avisados que se figuran defender el Cristianismo retrayendo sus manifestaciones mas esenciales á los tiempos anteriores á Cristo. El mal de este estado de cosas es que muchos que deliberadamente persiguen otros fines, se dejan influir inconscientemente por rudimentos de esos conceptos y resabios de la enseñanza teológica á que hemos aludido. Es de esperar, sin embargo, que poco á poco irá extendiéndose á círculos cada vez mayores el convencimiento de que ninguna manifestacion ú opinion adquiere mayor valor porque se le den cien ó cincuenta años mas de los que pueda tener de existencia.

sino que deben aprovecharse tambien todos los datos libres de influencias proféticas, ó contradictorios de ideas proféticas, procedentes de la misma época de estos.

Si se quieren describir las creencias y las costumbres de un pueblo, si se desea definir — lo que es inseparable de esta descripcion — el grado de cultura humana, especialmente intelectual, que ha alcanzado, se ha de empezar lógicamente por la idea que tiene de la divinidad, porque de esta idea procede el culto y en él se reflejan todas sus peculiaridades. El culto de los dioses — no nos cansaremos de repetirlo muy alto y muy á menudo á nuestros contemporáneos ofuscados por toda clase de vacías vulgaridades y doctrinas antihistóricas — es el generador de todos los organismos sociales; los dioses son las formas visibles en que se encarna, por decirlo así, la creencia en los poderes invisibles, y, por lo mismo, su culto es al propio tiempo el generador de toda civilizacion humana, la cual solo por medio de él y en él se puede desarrollar. La familia se ha formado en torno del altar doméstico; el matrimonio asegura la perpetuacion del culto del hombre, y son sus herederos los hijos de los cónyuges, que sacrifican en el mismo altar. Así, el derecho de propiedad tiene sus mas hondas raíces en el culto. El linaje es el círculo de las familias unidas por el mismo culto, y los linajes ó conjuntos de familias están ligados, por su participacion en un mismo culto, á la tribu, á la comunidad urbana y al Estado. De este modo, el culto no solo era en la antigüedad el elemento principal de las costumbres patriarcales y sociales, sino tambien su generador y conservador.

Parece, pues, que aun por razones generales debemos empezar por una exposicion del concepto que tenía Israel de la divinidad, aparte de las muy especiales que precisamente en este pueblo creemos hallar en favor de este procedimiento: Israel es el pueblo de Jehova y estos dos nombres son inseparables; es el pueblo de la naciente religion universal, y en esto estriba nuestro interés en su historia.

No será este, sin embargo, el método que emprendamos, y eso por consideracion á puntos de vista prácticos. Discrepan de tal modo de la realidad las ideas formadas de las creencias religiosas de Israel, no sólo por la masa de las personas que se dicen instruidas, sino tambien por la mayoría de aquellas que han dedicado á este punto sus estudios particulares, que al que conoce tal discrepancia, debe parecerle conveniente empezar por inspirar al lector el convencimiento de que no puede esperar otra imágen mas exacta de las primitivas creencias de Israel que la que se le va á presentar.

Esperamos conseguir este objeto empezando por la descripcion, no de la raíz, sino del fruto, segun el cual se podrán apreciar igualmente las cualidades del árbol que lo ha pro-

ducido. Siendo los organismos y las instituciones sociales de un pueblo, así como su grado de cultura intelectual, un producto de sus creencias religiosas, de aquellos organismos podemos sacar conclusiones respecto de estas creencias.

Hemos de dar, sin embargo, un rodeo todavía mayor. El grado alcanzado por un pueblo en la organización social no depende únicamente de él, sino también, en gran parte, de las condiciones del lugar de su morada. Su cultura intelectual está subordinada asimismo a la naturaleza del territorio y a su habilidad para sacar partido de ella; y así como las condiciones naturales que rodean al hombre, y la medida y la manera en que las utiliza para ganarse el sustento, influyen por igual en sus conceptos religiosos y en toda su vida intelectual, así también, en sentido inverso, las creencias religiosas ejercen influencia esencial en el grado de dominio que llega el hombre a alcanzar sobre la naturaleza. Donde no hay cierta suma de bienes materiales existentes, o que puedan ser logrados, no hay, generalmente, desarrollo posible para la cultura intelectual. De ahí que debamos, antes de tratar de la organización social de Israel, exponer el conjunto de su vida intelectual, y por lo mismo, reseñar las etapas de su cultura hasta el grado que había alcanzado en la época profética. Comenzaremos por la descripción de la vida agrícola de Israel, y a ésta seguirá la de los organismos sociales del pueblo; de este modo habremos adelantado bastante, para comprender luego mejor las más antiguas creencias de Israel y su influencia en las costumbres nacionales.

Como última parte de nuestro estudio sobre el grado de cultura alcanzado por Israel hasta la época de los profetas y como excelente auxiliar para la comprensión de las particularidades de la antigua religión israelita, haremos una exposición de las ideas de los antiguos israelitas sobre el modo de ser después de la muerte, pues tales conceptos se hallan en todas partes en la más estrecha relación con las ideas religiosas y morales. Conocida la naturaleza de las nociones de un pueblo sobre la perpetuación después de la muerte, se tiene ya un indicio, casi siempre seguro, de las creencias religiosas y de las costumbres que se puede esperar encontrar en él. Así nos habremos proporcionado también otro medio para facilitarnos la debida apreciación de las primitivas creencias del pueblo de Israel y su influencia en las costumbres de éste.

Desde luego suponemos al lector ya preparado para las discrepancias que han de resultar entre nuestros juicios y el conceptualismo al uso. Muchos de nuestros teólogos, y en general de nuestros legos teologizantes, parten sencillamente de la hipótesis de que los varones piadosos del Antiguo Testamento, como por ejemplo, David, ya tenían el mismo concepto de Dios que un cristiano evangélico. Del mismo modo se representan los católicos a David como un rey católico, y los judíos le consideran como un judío, poseído de su peculiar monoteísmo. Los cristianos no reflexionan que atribuyen así a aquel antiguo rey una convicción que no poseen ni con mucho hoy millones de cristianos, y que está en completa contradicción con las nociones humanas del tiempo de David y con las costumbres sociales que imperaban entonces, y los judíos no miran que de esta suerte despojan a David de las creencias religiosas que le impulsaban; todos ellos sin darse cuenta de sus premisas antihistóricas. Los lectores de este libro no esperarán, seguramente, encontrar conceptos de esta índole en lo que sigue. Hemos visto que el antiguo Israel no penetró en la Tierra de promisión como un pueblo organizado uniformemente bajo determinadas instituciones, sino que solo llegó allí a formarse, recibiendo en su seno muchos elementos de pueblos extraños, los cuales ciertamente debieron de aceptar la religión de Jehová; mas el que conoce la historia de la religión, sabe que semejante conversión no

se lleva a cabo sin que los conversos retengan buena parte de sus conceptos religiosos y acaben por introducirlos en la nueva religión que han abrazado. Así como con la conversión de los paganos no se extinguió la creencia pagana, sino que se conservó en el cristianismo en multitud de formas e ideas antiguas, llegando hasta conseguir un reconocimiento oficial, por decirlo así, en el culto tributado a los santos por los católicos-romanos — el culto local de los santos no es más que el antiguo paganismo disfrazado de cristiano, — del mismo modo sucedió también en Israel. Hemos visto también que determinadas agrupaciones extrañas fueron admitidas por Israel con su carácter colectivo; y aun en el caso más favorable, cuando la alianza era pactada delante de Jehová como guardador del juramento, siempre subsistiría primeramente al lado de éste el culto local de aquellas agrupaciones, siendo después la consecuencia más favorable que se identificarán las figuras de las dos deidades o que se transmitirán a Jehová las formas del culto tributado antes a los diversos dioses. Entonces indudablemente se atribuyeron al Jehová adorado en los nuevos lugares de culto así adquiridos, si no todos, a lo menos muchos de los rasgos de la figura del dios primitivo. Por último, hemos visto también que los hijos de Israel antes de llegar a Canaan y aprender la agricultura de sus habitantes, habían vivido en el desierto, y que Moisés les había iniciado en la adoración de Jehová, el dios del Sinaí. Hemos, pues, de esperar encontrar en ellos huellas de sus creencias antemosaicas. Entre los mismos israelitas se ha conservado el recuerdo de que sus antepasados habían adorado otras deidades antes de la época de Moisés (Jos., 24, 2), como asimismo encontramos en los profetas el reconocimiento del origen cananeo de muchos elementos de la antigua religión israelita (Ezequiel, 16, 20).

Ya sabemos, pues, que no hemos de buscar en los antiguos israelitas un monoteísmo por el estilo de las ideas modernas; lo que podemos encontrar lo deduciremos de la siguiente exposición de las condiciones sociales de Israel y del grado de cultura alcanzado entonces por este pueblo.

CAPITULO PRIMERO

GRADO DE CULTURA ALCANZADO POR ISRAEL HASTA LA ÉPOCA DE LOS PROFETAS ESCRITORES

I. La vida agrícola.

Ya en los más remotos tiempos a que alcanzan los recuerdos históricos, se nos presenta Israel como un pueblo de agricultores. La gran mayoría del pueblo ha abandonado las costumbres del desierto, y no solo cultiva los cereales en el campo paterno, sino que se dedica también al cultivo de la vid y de los árboles (1). Ya manifestamos anteriormente que Israel había aprendido estas artes de los cananeos. La población israelita, avanzando desde las roturaciones en los montes, ha empezado ya a tomar posesión de las mesetas y se dispone a bajar al llano de Kischon y a la costa, donde pronto se verá obligada a detenerse ante los Estados sólidamente constituidos de las ciudades marítimas. La etapa final de este movimiento de avance y la absorción de los últimos restos de la población primitiva que todavía queda en el interior, se efectúan en la época histórica y nos han sido fielmente transmitidas.

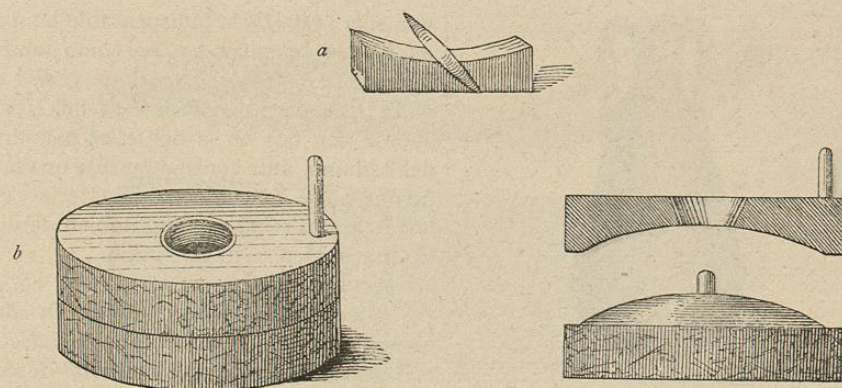
No se han borrado, sin embargo, en el pueblo los recuer-

(1) Los israelitas son, empleando la expresión de Sprenger, «beduinos acampados»; véase: «Vida y doctrina de Mahoma», Berlin, 1861, págs. 241 y siguientes.

dos de la vida del desierto que habían llevado sus ascendientes, conservando viva memoria de su pasado nómada. Es muy posible que aun entonces una parte de la población israelita hiciera esta última clase de vida, mas no tratándose de elementos de pueblos primitivamente extraños al israelita, como los cainitas (cineos), jerachme'elitas, calebitas, etc., cuyo territorio era además poco favorable a la agricultura, solo puede hacerse esta suposición respecto de Simeon, de Ruben y partes de Gad y Manasés, tribus medio extinguidas y sin significación para el Estado y la vida nacional de Israel. Es base del Estado israelita, y no puede tener otra, la población que se ha asentado y dedicado a la agricultura; pero aun en esta misma población se muestran todavía marcados indicios de su pasado nómada en su predilección por la cría de ganados y la vida pastoril. Aun posteriormente, el campesino israelita ha preferido apacentar los rebaños a caminar detrás de la yunta de bueyes apretando el arado. El idioma de Israel está poblado de imágenes y locuciones que proceden de la vida de los nómadas y de los pastores, y que

son celebradas en la leyenda de los patriarcas como después por la poesía.

Aun en aquellos puntos de la Tierra Santa que, como el Judá meridional y parte de la comarca oriental del Jordán, eran más adecuados para la cría de ganados que para la agricultura, los israelitas habían dejado de vivir en tiendas, por lo que sabemos (1); de las aldeas de tiendas se formaron poblaciones fuertes. Al rededor de la torre ó fortaleza construida en la montaña para protección contra las incursiones enemigas, se amurallaban primero determinados lugares para recoger el ganado (2), y luego seguiría la construcción de bañías y casas para los hombres (3). Desde estas colonias ó poblaciones el ganadero enviaba a sus pastores con sus rebaños a los pastos de la estepa; así lo hacía, según 1. Sam., 25, el rico calebita Nabal, que poseía 3,000 carneros y 1,000 cabras. En los puntos libres de la peligrosa vecindad de tribus enemigas, en los cuales, por lo mismo, no había que temer el robo y el pillaje, vivía también el ganadero en aldeas abiertas (*hasérót*).



a. Piedras para moler el durra. b. Molino de mano que se usa hoy en la Palestina.

Más de todos modos el pastor israelita lleva una vida muy dura (4). Donde no tiene que temer las sorpresas de merodeadores enemigos, no por eso su oficio deja de exigirle el esfuerzo de todos sus sentidos y de imponerle toda clase de privaciones. De día y de noche tiene que estar en guardia contra los ladrones que procuran robar alguna cabeza de ganado; ha de ahuyentar al lobo que rastrea al ganado y defenderse contra el león y la pantera. El león, que a la sazón abunda en Palestina (5), obliga a más de una peligrosa refriega; por eso el pastor lleva, además de su cayado, la honda y la lanza, estando obligado a indemnizar al dueño del ganado lo que destruyen (*teréphá*) las fieras y lo que roban los ladrones. Ciertamente que la costumbre exige que el dueño desista de la indemnización, si el pastor presenta el animal destruido ó demuestra su inocencia por medio de dos testigos ó de juramento prestado en un lugar del culto; pero a más de esto el pastor debe ser equitativo ó demasiado avaro infringen más de una vez esta costumbre (6).

(1) La circunstancia de que la palabra *'ohel* (tienda) se ha conservado en la fraseología bíblica con el significado de habitación, ha dado lugar a que muchos supusieran equivocadamente que el pueblo de Israel, en su mayor parte, vivía en tiendas aun en tiempo de los reyes; así lo dice también B. Weiss en su obra ya citada.

(2) Núms., 32 y 36; Gén., 35, 21 y 2. Reyes, 18, 8.

(3) Así se explica que *'ir* (fuerte) adquiriera la significación de ciudad.

(4) Gráficamente descrita por la leyenda en Gén., 31, 38 y siguientes y 1. Sam., 17, 38 y siguientes.

(5) Se hace frecuente mención de él, y abunda el idioma en imágenes que prueban que se conocían bien sus costumbres y peculiaridades.

(6) Como la leyenda lo refiere de Laban, para demostrar su carácter codicioso y avaro (Gén., 31, 12).

Aunque continúan en Israel estas costumbres y condiciones de la vida nómada, el ganadero israelita ha dejado ya de mostrar aquel desprecio a la agricultura que caracteriza a los pastores; aspira a sus productos — de los que tampoco puede prescindir el nómada tan pronto como traspasa el grado inferior de la civilización humana, — no por medio de cambio ó compra, sino procurando proporcionárselos por su propia industria, sembrando de cebada ó lentejas un pedazo de tierra (Gén., 25, 34), ó dedicándose a la arboricultura en modestos límites, como Amós de Tekva (Am., 7, 14). La agricultura, entonces, no solo llega a ser la ocupación más general y más extendida, lo mismo entre los habitantes de las aldeas que entre los de las ciudades, sino que identifica a todas las clases en unos mismos intereses; todas se dedican a ella: Joab, el general de David, cultiva su cebada; Saul, el noble benjamita ungido como rey, va con su yunta al campo, y aun después de subir al trono es probable que sacara su sustento de su granja, administrada por un colono. El sacerdote Ebyatar tiene, asimismo, sus tierras en Anatot.

El labrador que cultiva su propio terreno habita en aldeas abiertas (*perázót*) ó en ciudades amuralladas y defendidas por una torre (*migdál*) ó un fuerte (*'ir*). Parece que algunos labradores más ricos se habían establecido también en granjas aisladas (Jueces, 17, 18); mas estas viviendas aisladas debieron convertirse casi todas gradualmente en poblaciones cerradas, pues con el aumento de la familia, los hijos de la casa se irían estableciendo junto a la granja, é igual permiso se concedería a los libertos, dependientes y hombres libres menesterosos, acogidos a la protección de la familia. Cada labrador es, sin embargo, su propio artífice de todo lo que no